

que habían sido escogidos estos valientes defensores de la fe.

Por eso hallándose en la necesidad de prevenirle contra el escándalo de su Pasion, y para confirmar que era el legítimo Mediador entre el cielo y la tierra, dispuso presentar á la vista de sus tres discípulos en el Tabor, el mas delicioso espectáculo que jamás pudieron imaginar. Su rostro, mas resplandeciente que la claridad del sol y sus vestidos tan blancos como la nieve, ¿no eran objetos que debian sorprender la admiracion de Pedro, de Santiago y de Juan? ¿Dejarian en tal ocasion de representarse á Moysés y á Elías, que en mútua conversacion con el Salvador trataban los misterios de la Cruz? Si fué bastante la visita que Abraham tuvo de los ángeles para sentir su separacion; si Eliseo pidió á su Maestro acompañarlo en el carro de fuego; y si la vision de San Pablo lo enajenó de los sentidos, ¿con cuánta mas razon podria Pedro fabricar tres tabernáculos y permanecer en aquel lugar? Los que saben medir la distancia que hay entre unos bienes constantes y eternos y los caducos y perecederos, calificarán de justa su pretension. Ni es de extrañar que la voz del Padre Eterno que los cerca les hiciera postrarse sobre sus rostros hasta que Jesus los tocó para alentarlos y encargarles el secreto con estas patéticas expresiones:

“Sí, gran Dios, así prevenís á vuestros electos y les confiais el tesoro de vuestras misericordias infinitas: así levantais á la criatura del polvo de la ignorancia al sublime conocimiento de vuestro Sér; y de este modo la engolfais en las delicias de la gracia. Vuestro nombre ha sido siempre respetable en todas las generaciones y vuestro poder y dominacion sin límites se extienden del uno al otro polo. Por tanta magnificencia, el Olivete y el Hermon cantan el triunfo de tu brazo omnipotente; mas el Tabor descollará sobre todos por el teatro magnífico de tu gloriosa Transfiguracion. Los testigos felices de tan admirable portento guardarán este secreto hasta que, libre

de los horrores del sepulcro, se una al tercero dia tu alma al cuerpo que obró en el Calvario el cruento sacrificio de la Cruz.” Segunda proposicion: *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

SEGUNDA PROPOSICION.

Como hombre. Cuestionen ahora los teólogos sobre si la herida del primer ángel fué por el horrendo atentado de ser Dios, ó porque noticioso de la humanidad de Jesucristo y enamorado de su propia hermosura, no quiso rendir adoracion ni tributar vasallaje á la *Union Hipostática*. Disputen en buena hora, si el desordenado amor de Adán á su consorte le hizo comer de la fruta prohibida, ó si el deseo de adquirir superiores luces á las que graciosa y liberalmente le habia franqueado la mano omnipotente del Altísimo, le precipitó al mas oscuro y horroroso desagradecimiento. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que Jesucristo, levantándose de entre los muertos, nos asegura en la fe que profesamos. Porque su divinidad y omnipotencia se tendrían por cualidades usurpadas si no hubiese podido resucitar los principios de la vida, de la cual publicaba era Criador. Los milagros que obró hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo, y las hermanas de Lázaro no se hubieran lisonjeado de oír

estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida*. Lo mismo que si su poder, rindiéndose á la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo del sepulcro; su doctrina, tan pura y luminosa, la miraríamos como una mera produccion del entendimiento humano, pues carecería del carácter de infalibilidad y de la prueba mas clara de su ministerio.

De esta misma prueba se valía San Pablo para confundir á los judíos é iluminar á los fieles. “Si Jesucristo no resucitó, decia el apóstol á los corintios, nosotros somos unos hombres falaces, nuestra predicacion es inútil y vana nuestra fe. Pero al contrario, si el Hijo de Dios resucitó como se lo dijo á sus discípulos, la doctrina que os enseñamos es divina, la religion segura, los peligros que nos amenazan evidentes, sus promesas infalibles, sus misterios probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio.”

Esta fué la práctica de Jesucristo en prueba de su mision. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. “Las maravillas de nada os servirían, decia á los rebeldes, si vuestro corazon está obstinado.” No vereis otras que las de Jonás encerrado tres dias en el vientre de la ballena, como figura del Hijo del hombre, hasta unir su gloriosa alma con su cuerpo que estaba en el sepulcro. Observad sus obras durante su ministerio y vereis como camina por medio de milagros y portentos; como dispone á su voluntad de los elementos; como el ciego *a nativitate* abre los ojos á la luz, que jamás habia visto; como el mudo y sordo bendice la mano que le da la palabra; como á su mandato el hijo de la viuda de Nain se levanta del féretro con nueva vida; como el paralítico recobra la sanidad de sus miembros; como la muerte misma no está ya segura de la presa que queria llevarse y como al oír su voz poderosa resucitan las cenizas encerradas en la oscuridad de los túmulos. ¿Qué podrá oponer la incredulidad á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para

atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, teniendo miras superiores en orden á su soberanía, impuso silencio y ordenó á sus discípulos que no divulgasen sus maravillas hasta que hubiese salido del sepulcro: *Nemini dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*.

Así convenia á la virtud de su Omnipotencia, porque los demás milagros podian comunicarse á las criaturas; pero el de la resurreccion solo al Hijo de Dios le corresponde, como que él solo debe estar libre de entre los muertos; solo á él corresponde recobrar la vida que tres dias antes perdió en el Calvario, y á él solo mostrar tanta fuerza en la nada del sepulcro: *Nemini dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*.

No con menos resplandor se manifestaron todos los designios que acompañaron á la vision del Tabor. Si acaso me fuera lícito averiguar en beneficio vuestro una providencia que todo lo ordena, diria que la eleccion de los tres apóstoles fué con miras superiores á nuestra comprension. Eligió el Señor á Pedro porque sabia bien que despues, en el rigor de sus tormentos, habia de negarlo, aun con juramento; eligió á Santiago, así para asegurarse de su promesa, como para confirmarlo en el valor con que habia prometido beber el caliz de amargura; y eligió á San Juan como un testigo fidedigno que habia de escribir á la posteridad la magnificencia de sus hechos. Esta economía tan admirable se advirtió en la conversacion de Moysés y Elías; al primero para descubrirle con mas importancia los beneficios que habia obrado en favor del pueblo escogido, y al segundo para instruirle en los acaecimientos que veria, cuando como precursor del dia grande habia de preparar la venida del justo juez de vivos y muertos.

Así en obsequio de nuestra fe y para abrazar el dogma de su resurreccion, debemos confesar que en el mismo instante en que su alma se volvió á unir con su cuerpo, sujetó á éste enteramente á su imperio y lo eximió del poder de la corrupcion. Superando con su actividad la pe-

santez que parece nos clava á la tierra, parte como un rayo, se eleva por el aire y se va acercando á su trono con semblante afable y majestuoso. Mas resplandeciente que los astros y mas veloz que los espíritus, lo vieron los tres apóstoles elevarse en el Tabor. De igual modo el resplandor de su inmortalidad y todos los adornos de su triunfo son de un órden en el que nada está sujeto á las leyes de la mutacion.

De este punto, la muerte, atravesada con su propio aguijon, perdió el dominio sobre este vencedor glorioso. El valiente leon de Judá triunfó en la famosa batalla del Calvario. Aquella piedra angular, tan despreciada de los judíos, se levantó llena de majestad y esplendor. Aquel Job tan cargado de calamidades y miserias se ha convertido en el mas perfecto modelo de nuestra constancia y sufrimiento. Por su inocencia encadenó á su carro triunfante el pecado, que fué el primer autor de la esclavitud del hombre; y tanto por su gracia como por su amor echaron los cimientos de su imperio la verdad y la virtud. Unió al tercero dia su alma con su cuerpo, y salió del sepulcro á fortalecer la fe de los apóstoles, que parece vacilaban despues de haber visto los oprobios de la Cruz. Ya desde este punto no se debia guardar el secreto que antes habia encargado. Publicaron sin recelo que era el verdadero Mesías; le confesaron públicamente en los cadalsos; todos derramaron su sangre en testimonio de su divinidad y asentaron la *union hipostática* por haberse levantado Jesucristo de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

10 Convencimientos uniformes de nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo; su igualdad perfecta con su Padre; su cualidad de Redentor y su noble atributo de Salvador de todo el linaje humano, son motivos de nuestra gratitud y regocijo. La conexion entre los dos Testamentos se ve patente; las sombras se disipan y á la figura sigue la realidad; las profecias se cumplen; el conjunto de abatimiento y grandeza, carácter con que pintan los pro-

fetas al Mesías, deja de ser un enigma. Los apóstoles se glorian de su felicidad; la vision del Tabor se publica; Moysés y Elias dan testimonio de ella, y Jesucristo confirma su palabra resucitando de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis a mortuis resurgat.*

Católicos, no despreciemos la bella oportunidad que se viene á nuestras manos. Estamos en un templo, cuyo titular y advocacion es el misterio que hoy celebramos; nos vemos en la dulce precision de rendir un público homenaje á las dos naturalezas de Jesucristo. Pidamos con sinceridad el remedio de nuestros males, y esperemos de su mano benéfica el goce eterno de su vista que por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á todos deseo.—Así SEA.